

rarla una indemnización; era preciso dejar á la Rusia entregada á su confusión, á la impotencia resultante de las distancias, sin pedirla ni concederla ninguna cosa; y en cuanto á la Prusia, era necesario no abusar demasiado de sus faltas, no burlarse en demasía del mal éxito de su mediación; había que señalarla el peligro de ceder á las pasiones de las pandillas, ganarla en fin definitivamente, dándola alguno de los grandes despojos de la victoria, y luego encaminar nuestras fuerzas triunfantes hacia la Inglaterra, privada ya de aliados, espantada de su aislamiento, asaltada por nuestros corsarios y amenazada con una expedición formidable. La razón demuestra, y lo prueban los hechos, que no habría esperado á que hubiesen tratado con sus aliados vencidos para tratar ella; habríamos tenido la paz de Amiéns con mayores ventajas todavía.

Después de Ulm y de Austerlitz, Napoleón se encontraba en una posición única para realizar en Europa una sabia y profunda política, que habría consistido en separar el continente de la Inglaterra y en obligar así á esta última á la paz. El Austria, acostumbrada á luchar cinco años, tres años al menos contra nosotros, viéndose invadida en dos meses hasta Viena y hasta Brunn, habiendo perdido en un día ejércitos enteros, reducidos á rendir las armas como el de Mack, no abrigaba propósito ninguno de resistirnos, á menos, sin embargo, que no excitaran su desesperación hasta el último punto. El joven emperador de Rusia, que á la cabeza de los soldados de Souvaroff, había creído hacer un papel importantísimo, y sólo había desempeñado un papel humillante, había caído en un abatimiento extraordinario. La Prusia, que con los doscientos mil soldados de Federico el Grande había ido á Viena á dictar leyes y nos había encontrado en disposición de dictarlas á todo el mundo, se mostraba á la vez asustada y casi ridícula. ¡Cuán fácil, provechoso y acertado hubiese sido conducirse generosamente con enemigos semejantes!

Es cierto que no se podían hacer amistades con el Austria, y ya hemos dicho por qué; pero aun renunciando entonces á su alianza, no se debían aumentar inútilmente sus quebrantos y convertirlos en un odio implacable. Para indemnizarla de los Países Bajos, de la Suabia, del Milanesado, y de la clientela de los Estados eclesiásticos, que había perdido, le habían dado los Estados venecianos. Quitárselos era muy duro; sin embargo, como la guerra no puede ser un juego que no cueste nada á los que la suscitan, se concibe que le tomaran los Estados venecianos, si bien el motivo de emancipar á la Italia no podía alegarse decorosamente, desde que habíamos tomado el Piamonte y convertido la Lombardía en dotación de la familia de Bonaparte. Pero después de quitar Venecia al Austria, quitarla también Trieste y la Iliria, como hizo entonces Napoleón; arrebatarla toda salida hacia el mar, reduciéndola así á quedar ahogada en el seno de su territorio continental, era un rigor sin provecho efectivo para nosotros, y que debía desesperarla. Finalmente, no atenerse siquiera á esto, quitarla además el Tirol, el Vorarlberg, los restos de la Suabia para enriquecer á la Baviera, el Wurtemberg y Baden, pequeños y falsos aliados que debían explotarnos para vendernos, era hacerla implacable. Tratando de este modo á las gentes es preciso matarlas, y cuando esto no se puede hacer, es prepa-

rase enemigos que á la primera ocasión asesinan por detrás y que tienen derecho para ello.

Arrebatarle al Austria los Estados venecianos, único consuelo de todas las pérdidas, era muy duro, como hemos dicho ya; y no obstante, resultaba casi inevitablemente de la tercera coalición. La buena política habría consistido en compensar este rigor inevitable. Entonces se ofrecía una compensación facilísima, según el modo con que se trataba al mundo, y era la de inclinarla hacia el Oriente, para que tomase las provincias danubianas. En este caso, la suerte de la Europa habría cambiado, pues el Austria, sentada sobre el Danubio, que era su verdadero asiento, habría adquirido más de lo que había perdido; habría cubierto para siempre á Constantinopla, y para siempre también se habría quedado enemiga de la Rusia. No hay duda que el procedimiento habría sido arbitrario; pero ya que un poco más tarde se debían dar esas provincias á la Rusia, era preferible seguramente ofrecérselas entonces al Austria. La Rusia se habría incomodado, y éste habría sido su castigo por aquella guerra. En cuanto á los turcos, incapaces de comprender el bien que les hacían, no se habría pensado en ellos, y el Austria, que trataba de indemnizarse de cualquier manera, tanto que nos pedía Hannover para los archidukes desposeídos cuando era patrimonio de su amiga la Inglaterra, el Austria habría aceptado sin vacilar las provincias danubianas.

Lejos de pensar en indemnizaciones, Napoleón pensó más bien en despojarla, en escarnecerla, en hacer de ella la víctima de aquel tiempo, más aún que el tiempo lo exigía. La tomó, pues, sin compensaciones, é independientemente de los Estados venecianos, la Iliria, el Tirol, el Vorarlberg y los restos de la Suabia. Por lo común se castiga para que el castigado no vuelva á pecar; aquí, lejos de extinguir este deseo, le avivaban por el contrario en el corazón del Austria. En cuanto á la Prusia, Napoleón no hacía otra cosa que burlarse de ella, y seguramente la Prusia daba margen á ello. Mr. de Haugwitz, llegado á Viena en nombre de su rey, que el zar había arrastrado á la guerra, empleando para conseguirlo á una nobleza atolondrada y á una reina hermosa é imprudente; Mr. de Haugwitz, llegando la víspera de Austerlitz para dictar la ley y recibéndola al otro día de rodillas, presentaba un espectáculo grotesco. Pero si está permitido reirse de las cosas humanas, que con efecto se prestan á la risa con frecuencia, es cuando se hace el papel de espectador, nunca cuando se dirige. Napoleón tuvo á un tiempo todos los caprichos de la fuerza; haciendo lo que le agradaba, quería añadir la burla: era esto demasiado mil y mil veces.

El Austria, al pedir el Hannover para sus archidukes, le sugirió la idea, que le pareció muy feliz, de hacer aceptar á los aliados de la Inglaterra los despojos de la misma Inglaterra. Pero únicamente en vez de dar el Hannover al Austria, se le dió á la Prusia. La geografía podía estar satisfecha, pero no la política. Lejos de burlarse de la Prusia, habría debido por el contrario compadecerse de su falsa posición. Siempre había deseado el Hannover ardentemente, pero por culpa de la corte acababa de asociarse á las pasiones europeas contra la Francia, y obligarla entonces á que tomara el Hannover era poner en conflicto su corazón profundamente conturbado, la avaricia y el honor, y era colo-

carla en una situación de las más crueles. No hay duda que es alguna cosa, y aun mucho si se quiere, satisfacer el interés de los hombres; pero no es nada si se les humilla al mismo tiempo, pues por fortuna hay en el corazón humano tanto orgullo como avidez. Enriquecer á la Prusia, cubriéndola de confusión, no era hacer de ella una aliada, sino una ingrata, tanto más ingrata cuanto más honradez hubiera en ella. Napoleón ofreció el Hannover á la Prusia con el cuchillo en la garganta. «El Hannover ó la guerra,» pareció decir á Mr. de Haugwitz, que sin vacilar prefirió el Hannover. Napoleón hizo más aún, le hizo pagar este regalo, tan amargo ya, con el sacrificio del marquesado de Anspach y del ducado de Berg, de modo que disminuía el donativo, sin disminuir la vergüenza. Además, era una imprudencia gravísima, pues era hacer interminable la guerra con los ingleses. Con efecto, no podía ser que el anciano Jorge III consintiera jamás en ceder el patrimonio de su familia, y los reyes tenían entonces en la república monárquica de Inglaterra una influencia de que carecen en el día. Mr. de Haugwitz, que había salido de Potsdam para Schöenbrunn, con aplauso de la corte, á fin de dar la ley á la Francia y declararla la guerra en beneficio de los ingleses, volvió, pues, á Berlín, después de haber recibido la ley y con el más hermoso de los despojos británicos. ¡Cuán grande no debió ser la agitación de un monarca honrado, de una nación orgullosa, de una corte apasionada y vana!

Por esto Napoleón, en vez de sacar de su incomparable batalla de Austerlitz la paz continental y la paz marítima, doble paz que le era fácil asegurar desanimando para siempre ó desinteresando á los aliados de la Inglaterra, había desolado á unos, humillado á otros y dejado á todos una guerra desesperada como único recurso. Hasta había creado un obstáculo invencible para la paz dando el Hannover á la Prusia.

Bajo este concepto, en los arreglos de Viena de 1806 no había más que faltas; pero Napoleón ni siquiera quiso limitarse á éstas, que eran tan graves; ya de vuelta en París invadió su cabeza una ambición desconocida en los tiempos modernos. Entonces pensó en un imperio inmenso, apoyado en reinos avasallados, el cual tendría un nombre consagrado por los romanos y por Carlo Magno, se llamaría IMPERIO DE OCCIDENTE. Napoleón había preparado ya los reinos dependientes en la República Cisalpina, convertida en reino de Italia, y en el Estado de Nápoles, quitado á los Borbones en favor de su hermano José. Luego añadió la Holanda convertida de república en monarquía y atribuida á Luis Bonaparte. Mas no era todo aún; para que el imperio de Occidente fuese completo, debía abrazar la Alemania, y Napoleón se había creado ya por aliados los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden. A éstos abandonó los despojos del Austria, de la Prusia, de los príncipes eclesiásticos no secularizados; les concedió la nobleza inmediata; hizo reyes y les pidió princesas para sus hermanos, sus hijos adoptivos y sus capitanes, que ellos solícitos le entregaron. En aquel momento, la Alemania, que no se había restablecido aún de los trastornos que el sistema de las secularizaciones había producido en ella, y que tenía pendientes aún muchas cuestiones, cayó en un estado de desorden nunca visto. Los príncipes soberanos, con el título de electores ó reyes, roba-

ban los bienes de la nobleza y del clero, no pagaban las pensiones á los príncipes eclesiásticos desposeídos, y todos los oprimidos invocaban en su desesperación, no al Austria vencida ó á la Prusia ridiculizada, sino al único amo de las existencias, esto es, á Napoleón. De esta súplica universal que se le dirigía nació la idea de una nueva confederación germánica, que tendría el título de Confederación del Rhin y estaría bajo el protectorado de Napoleón. Se compuso, pues, de la Baviera, de Wurtemberg, Baden y Nassau, y de todos los príncipes del Mediodía de la Alemania. De este modo, el emperador de Occidente, mediador de la Suiza, protector de la Confederación del Rhin y señor de los reinos de Nápoles, de Italia y de Holanda, no tenía que añadir más que la España á estos Estados dependientes, para ser más poderoso que Carlo Magno. He ahí hasta dónde había embriagado el humo del orgullo el vasto cerebro de Napoleón.

En presencia de una dislocación semejante, Francisco II, que no podía conservar el título de emperador de Alemania, abdicó este título para llamarse sólo en lo sucesivo emperador de Austria. Después de todas sus pérdidas de territorio, ésta era la más humillante de las degradaciones que tuvo que sufrir. La Prusia, arrojada también de la antigua Confederación germánica, tenía el recurso de agrupar en su derredor á los príncipes del Norte de Alemania, convirtiéndose así en centro de una pequeña Alemania, reducida como á una tercera parte. Pidió permiso para esto y se lo concedieron fríamente, con la idea oculta de desanimar á los que tuviesen intenciones de confederarse con ella. Napoleón amontonaba, pues, culpas sobre culpas, tanto respecto del Austria, á quien había debido castigar sin infundir en ella la desesperación, como respecto de la Prusia, cuya amistad habría debido buscar, protegiendo sus intereses y no menoscabando su honra. Por último, el intervenir de esta manera en los asuntos germánicos era la más ilusoria de todas las políticas. La Alemania, en efecto, no habiendo podido alcanzar la unidad durante la Edad media, se había quedado bajo el régimen federativo, y los Estados que la componen, aunque reservando su independencia, se habían confederado para defenderse contra sus poderosos enemigos vecinos, y naturalmente contra el más fuerte de todos, contra la Francia. A esto la Francia había respondido con una política que no era ni menos natural, ni menos legítima. Aprovechándose de las envidias alemanas, había sostenido á los príncipes pequeños contra los grandes y á la Prusia contra el Austria. Pero pasar de esta política tradicional y permitida, á fundar una Confederación germánica, que no sería germánica, sino francesa; que nos cargaría con todos los asuntos de los alemanes, nos expondría á todos sus odios, y nos daría aliados hoy que serían traidores mañana, era una locura hija de la ambición y nada más. En todo país dotado de una política tradicional existe un objeto señalado por esta política y hacia el cual se marcha más ó menos de prisa, según las épocas. Dar en cada época un paso hacia ese objeto, es marchar con arreglo á la naturaleza de las cosas; dar uno más es imprudente, y querer darlos todos á un tiempo es condenarse con seguridad á pasar del objeto y perderle. Con el acto de 1803, Napoleón se había acercado todo lo posible al objeto de nuestra

política tradicional en Alemania; con la Confederación del Rin había ido mucho más allá desastrosamente. De este modo se colocaba en el derecho internacional, como los jacobinos habían estado en el derecho social: éstos habían querido rehacer la sociedad, él quería rehacer la Europa. Los jacobinos habían empleado la guillotina y él empleaba el cañón. El medio era infinitamente menos odioso, y además le rodeaba el prestigio de la gloria, pero no por eso era más sensato.

Tales fueron los frutos de la gran victoria de Austerlitz, y a pesar de estos errores, la victoria subsistía, victoria brillantísima, de resultados positivos é incontestables. La Rusia, profundamente abatida, y la Inglaterra, espantada con su aislamiento, pedían la paz, y nada era más fácil que concluirla con estas potencias. Napoleón dejó escapar la ocasión y con esto puso el colmo á sus faltas.

Con motivo de la cuestión de las bocas del Cattaro, que los austriacos entregaron pérfidamente á los rusos en vez de entregárnoslas á nosotros, el zar envió á París á Mr. de Oubril. Como el Austria y la Prusia habían tratado directamente sus asuntos con la Francia, el zar renunciaba á intervenir en aquello que les era concerniente, pero había dos familias soberanas, la de la Saboya y la de los Borbones de Nápoles, cuyo patrocinio se había atribuído la Rusia, y quería la Cerdeña para la una y la Sicilia para la otra. Bajo esta condición, se hallaba dispuesta á sancionar todo lo que Napoleón había hecho. La Inglaterra había pasado del gobierno de Mr. Pitt al de Mr. Fox, de manera que el momento era muy favorable para concluir la paz marítima. Mr. Fox tenía acreditados en París á los lores Yarmouth y Lauderdale. La Inglaterra quería conservar Malta y el Cabo, y mediante esta concesión nos dejaba trastornar la Europa como la habíamos trastornado, si bien habría deseado igualmente que se acordara la Sicilia á los Borbones de Nápoles, y la Cerdeña á la casa de Saboya. De este modo, el continente de la Italia había pertenecido á los Bonaparte, á cuya familia habría suministrado dotaciones, y las dos grandes islas italianas, la Cerdeña y la Sicilia, se habrían convertido en indemnización de las antiguas familias desposeídas. Bajo este concepto, el gran imperio de Occidente, tal como le habían constituido, habría sido aceptado por la Rusia y sobre todo por la Inglaterra. Ocasión era ésta de tratar sobre semejantes bases; pero el orgullo y una falta de habilidad, cosa en que Napoleón rara vez caía, impidieron este prodigioso resultado.

Napoleón no quería tratar sino separadamente con la Rusia y con la Inglaterra, para imponerlas mejor la ley, y estas dos potencias se prestaban á ello hasta cierto punto por amor á la paz. Mr. de Oubril negoció por una parte y los lores Yarmouth y Lauderdale por otra, aunque entendiéndose secretamente. Napoleón, asustando á Mr. de Oubril, le arrancó la firma de un tratado separado que en lugar de la Sicilia atribuía á los Borbones de Nápoles las Baleares, que mediante un cambio contaba obtener de la España. Este tratado alarmó á la Inglaterra, y era momento mejor de acabar con ella, mientras se hallaba espantada con su aislamiento. Napoleón creyó muy diplomático esperar las ratificaciones rusas, lisonjeándose después de hacer de la Inglaterra todo cuanto fuera de su gusto. Pero mientras es-

taba esperando, vino á morir Mr. Fox; la Inglaterra obtuvo que no se dieran las ratificaciones rusas, y de este modo se perdió la paz entonces. Los cálculos refinados son permitidos, pero con la condición de que han de salir bien; de otra manera, valen á los que se engañan el título de zorros cogidos en el lazo.

No obstante, la paz no era absolutamente imposible todavía. En aquel momento la fermentación prusiana, que había producido Napoleón, había llegado á su colmo. Colocada entre el honor y el Hannover, la Prusia se hallaba agitada terriblemente y estaba furiosa contra el que la ponía en una alternativa semejante. Además recibió dos noticias que hicieron crecer su desesperación. Por una parte, creyó descubrir que la Francia desanimaba secretamente á los príncipes alemanes del Norte para que se confederasen con ella, cosa en que había algo de verdad, pero que el Elector de Hesse hubo de exagerar hasta la calumnia; y, por otra, supo que para alcanzar la paz marítima Napoleón estaba dispuesto á devolver el Hannover á la casa real de Inglaterra. Napoleón no había dicho nada, pero lo había dado á entender; y con efecto, tenía intenciones de dirigirse á la Prusia, restituírle Anspach y Berg y tomarla otra vez el Hannover, declarándole con toda franqueza que de esto dependía la paz del mundo. Pero había cometido la falta de diferir esta declaración; y la Prusia, creyéndose burlada y tratada como potencia de tercer orden, había pasado de la agitación al furor. Napoleón la dejó decir y hacer; no creyó que estaba en su dignidad dar explicaciones que habrían podido ser completamente satisfactorias, y como ella mostrara su espada, él enseñó la suya. Le cansaba oír hablar de los soldados de Federico el Grande, que no había vencido, y de aquí se siguió la guerra contra la Prusia. Naturalmente, la Inglaterra y la Rusia tomaron parte en la contienda, y la paz general terrestre y marítima, que Napoleón habría podido obtener, juntamente con el reconocimiento de su título imperial y de su inmenso imperio, quedó aplazada hasta que se llevaran á cabo nuevos prodigios.

El genio de Napoleón y el valor de su ejército se hallaban en su apogeo. En un mes, la Prusia se quedó sin ejército ni monarquía, y al aspecto del mar del Norte sus soldados gritaron con un arranque espontáneo: *¡Viva el emperador de Occidente!* (1).

Su entusiasmo había adivinado la ambición que él tenía. Napoleón se regocijó profundamente, aunque sin declarar la secreta pasión que tenía por ese título. Los rusos habían avanzado en socorro de los prusianos; Napoleón corrió á ellos, los arrojó más allá del Vístula, y encontrando en su camino á la Polonia, pensó en levantarla sin preguntarse si es posible resucitar á los Estados más fácilmente que á los individuos. Se hallaba mal dispuesto hacia los rusos y sólo pensaba en causarles los mayores daños que pudiera. Dió en Czarnow y en Pultusk sangrientas batallas; hizo en Eylau una primera experiencia de ese clima del Norte y de esa desesperación de los pueblos, ante los cuales debía sucumbir más tarde, y durante un invierno que pasó en la nieve, operó prodigios de habilidad y de energía. Por fin, llegada la

(1) Los lectores de esta historia recordarán sin duda que, en la época de la capitulación de Prenzlau, los soldados de Lannes dieron ese grito á la vista del mar del Norte, y que Lannes se lo escribió á Napoleón, que no respondió nada. (N. del A.)

primavera, dió y ganó la batalla de Friedland, la más brillante quizá de todos los siglos por la prontitud y la sabiduría de las combinaciones y por la grandeza de sus resultados. Alejandro cayó á sus pies como antes habían caído Francisco II y Federico Guillermo; y el gran conquistador de los tiempos modernos se detuvo, pues había sentido que faltaba la tierra bajo sus pies en tan remotos lugares. Sólo en las extremidades del continente, rodeado de Estados destruídos y experimentando, sin embargo, la necesidad de apoyarse en un aliado cualquiera, Napoleón imaginó buscar la amistad de su joven enemigo vencido. Con efecto, la alianza austriaca, siempre imposible en aquella época, se había hecho más imposible aún con los rigores que siguieron á la victoria de Austerlitz; la alianza prusiana había llegado á faltar, y no quedaba más que la alianza rusa. Voluble por naturaleza, Napoleón pasó de repente de una política á otra, arrastrando en pos de sí á su joven émulo. Entonces concibió el sistema de dos grandes imperios, uno de Occidente, que sería el suyo, y otro de Oriente, que sería el del zar, los cuales lo decidirían todo en el universo, sobrentendiéndose que el de Napoleón dominaría al de Alejandro. Tuvo una entrevista con el zar en la balsa de Tilsit; le reanimó, le lisonjeó, acabó por embriagarle y salió de la célebre balsa con la alianza rusa. Sin embargo, hubiese sido bueno explicarse, y como la alianza tenía que estribar en concesiones mutuas, habría sido preciso determinar esas concesiones. Pero Napoleón tenía prisa, Alejandro estaba deslumbrado; así fué que, dándose un abrazo, se hicieron muchas promesas y no entraron en explicaciones de ninguna clase. Alejandro dejó traslucir el designio de tomar la Finlandia, en lo que consintió Napoleón, pues tenía muchas razones para estar enfadado con la Suecia. Además Alejandro demostró todos los deseos de un joven con respecto al Oriente. Al oír la palabra Constantinopla, Napoleón dió un salto; pero se contuvo y permitió á su nuevo aliado que diera rienda suelta á todas sus ilusiones. Sobre tales bases debió desearse la unión de entrambos imperios. El tratado de Tilsit se firmó; Napoleón arrebató á la Prusia una mitad de sus Estados, y le dió la otra mitad á ruegos de Alejandro. Con una parte de los Estados prusianos y algunos sacrificios pedidos á Alejandro, Napoleón compuso el gran ducado de Varsovia, fantasma que agitaba á los polacos y alarmaba á los antiguos competidores, el cual fué dado al rey de Sajonia. Con el resto de los despojos prusianos y con el electorado de Hesse, Napoleón compuso el reino de Westfalia, destinado á su hermano Jerónimo. La Sajonia, aumentada con el gran ducado y con el nuevo reino de Westfalia, debió formar parte de la Confederación del Rin que, de este modo, se extendió hasta el Vístula. Seguramente no se podían acumular más contrasentidos. Una Alemania dependiente de un emperador francés, que comprendía un reino francés, el de Westfalia, un ducado francés, el de Berg (conferido á Murat), la Sajonia, aumentada sin haberlo querido, y la Polonia, medio restaurada, y que no comprendía ni la Prusia, medio destruída, ni el Austria, cuya desolación llegaba al colmo por la extensión prometida á la Rusia en el Danubio; en las dos extremidades de esa Alemania tan poco alemana, dos emperadores, el uno de Rusia y el otro de Francia, prometiéndose una amistad inviolable, con tal que cada uno de los dos dejase

hacer al otro lo que le agradara, y guardándose muy bien de explicarse por temor de no estar de acuerdo; el uno preocupado sobre todo con la idea de ir á Constantinopla, adonde su aliado no quería que fuese, y habiendo comenzado el otro una Polonia que su aliado no quería que concluyera: por último, fuera de este caos, la Inglaterra paseándose en torno de los dos imperios aliados con cien navíos y doscientas fragatas; la Inglaterra implacable, resuelta á apresurar la ruina de ese extravagante edificio, tal fué el sistema llamado de Tilsit, imaginado al otro día de la inmortal batalla de Friedland. ¡Qué fruto político de tan hermoso triunfo militar!

Si Napoleón, en medio del torrente que le arrastraba, hubiese sido capaz de detenerse y de reflexionar, no hay duda que, después de Friedland, mucho mejor que después de Austerlitz, hubiese podido volver de un solo golpe á la hermosa política del consulado, completada y consolidada, sin otro inconveniente que el de haber ensanchado sus límites en demasía. El continente, que se podía considerar ya como vencido en Austerlitz, lo estaba de un modo definitivo después de Friedland. El ejército de Federico el Grande, citado siempre para picar el orgullo del vencedor de Marengo y de Austerlitz, ya no existía. Se habían salvado las distancias que protegían á la Rusia, como el estrecho de Calais protegía á la Inglaterra, y en ningún país quedaba una resistencia imaginable sobre el continente. Napoleón, en su omnipotencia, podía levantar á la Prusia y dejarla como si no hubiera sido vencida, devolviéndola la totalidad de sus Estados, menos el Hannover, consagrado á pagar la paz marítima. De esta manera habría conquistado todos los corazones prusianos, hasta el de Blücher, y la Prusia habría sido para él una firme aliada, pues después de la lección de Jena y del acto de generosidad que la habría seguido, ninguna sugestión inglesa, rusa ó austriaca habría podido penetrar ni en sus oídos ni en su corazón. En esta hipótesis, Napoleón no habría pedido nada á Alejandro, si no es que sufriera, en castigo de su derrota, que pasasen las provincias danubianas al Austria, con lo cual esta potencia indemnizada se habría calmado algún tanto. En fin, si hubiera querido poner el colmo á la sabiduría, Napoleón habría podido reconstituir la Alemania, confederándola en torno de Prusia y del Austria, hábilmente neutralizadas una por otra, y á falta de este gran esfuerzo de razón, habría podido, conservando la ridícula Confederación del Rin, no hacer nuevas víctimas entre los príncipes alemanes, perdonar, verbigracia, al Elector de Hesse, y permitir á la Prusia que confederase en torno suyo á la Alemania del Norte. Bajo estas condiciones, Napoleón habría sido el verdadero soberano del continente, y la Inglaterra, definitivamente aislada, le habría pedido la paz á toda costa; pero reconocemos que todo esto es pura ilusión. ¿Quién se detiene en medio de tales seducciones? Napoleón arrebatado al antojo de los sucesos y de sus pasiones, destruyendo Estados uno tras otro, tomando y rechazando sucesivamente las alianzas, llegó en fin hasta las márgenes del Niemen á recoger la alianza rusa en el fango de la Polonia, y volvió ebrio de orgullo, de admiración y de gloria, dejando detrás de sí á la Prusia, la Alemania y el Austria desesperadas y creyendo imponerlas respeto con la alianza de la Rusia, á la que preparaba una Polonia sin permitir que tomara, no diremos

Constantinopla, pero ni siquiera Bucharest y Jassy. Si se nos pregunta cómo con tan alto genio guerrero y aun político llegan á cometerse errores semejantes, nosotros preguntaremos también cómo con tantos talentos y tantos sentimientos generosos la revolución francesa llegó á las locuras sanguinarias de 1793, y diremos que sólo consiste en que se olvida la razón para dar rienda suelta á las pasiones. Únicamente Napoleón tendrá una excusa menos, porque un hombre debería contenerse con más facilidad que la multitud. Por desgracia, como lo prueba el ejemplo, un hombre cegado por el orgullo, la ambición y el lauro de la victoria, no sabe dominarse más que se domina la muchedumbre.

Al regreso de Tilsit, representaron una comedia que habían preparado de antemano. La Rusia, la Prusia y el Austria, cediendo á la violencia, se unieron á la Francia para declarar á la Inglaterra que, si no escuchaba la voz de sus antiguos aliados y se obstinaba en no querer la paz, la harían una guerra comercial, cerrándola las puertas del continente. No hay duda que si la hubieran dirigido semejante declaración en nombre de la Prusia, restablecida por la generosidad de Napoleón; del Austria, consolada por su política, y de la Rusia, cansada de pelear por otros y de sufrir derrotas, la Inglaterra se habría rendido; pero lo que hizo fué reirse de una declaración arrancada á unos por la fuerza y á otros por una combinación efímera, y se burló orgullosamente de las amenazas de esa supuesta coalición europea. Sin embargo, el bloqueo continental tuvo principio. La Inglaterra había lanzado su prohibición sobre el continente; Napoleón hizo á su vez lo mismo sobre el mar, cerrando todos los puertos europeos tanto á la Inglaterra como á todos los que pudieran someterse á sus leyes marítimas. De todo cuanto había imaginado entonces, esto era lo más serio y lo más eficaz. Sostenida durante algunos años esa prohibición, la Inglaterra probablemente habría cedido. Por desgracia, el bloqueo continental debía aumentar la exasperación de los pueblos obligados á inclinarse ante las exigencias de nuestra política, y Napoleón por su propia mano iba á preparar á la Inglaterra una inmensa indemnización, entregándola las colonias españolas.

Una de las causas que habían precipitado la resolución de Napoleón en Tilsit era la España. El trono de Felipe V había permanecido en poder de los Borbones y era natural que entrara en las combinaciones de Napoleón el apropiárselo. Después del de Francia, era el más hermoso de los tronos que podían adquirir los Bonapartes y el complemento más indicado del imperio de Occidente. Este gran imperio dominador de Nápoles, de Italia, de Suiza, de Alemania y de Holanda, al extender su dominación sobre la España no tenía ya nada que desear, si no es la sumisión de los pueblos á ese gigantesco edificio. Sin embargo, no era fácil hallar un pretexto para tal anexión. En el número de bajezas que deshonraban entonces á la familia de España, se podía contar su docilidad con respecto á Napoleón. El buen Carlos IV profesaba al héroe del siglo una admiración y un afecto sin límites; y hasta la nación, entusiasta del primer cónsul hecho emperador, parecía pedirle sus consejos para seguirlos. ¿Cómo responder á todo esto con la guerra? Además había en España un pueblo ardiente, orgulloso, nuevo y capaz de una resis-

tencia imprevista, cuyo vencimiento podría no ser fácil. Bajo la impotencia aparente de la corte de España se ocultaban, pues, gravísimas dificultades. Quizá, sabiendo esperar, se habría encontrado la solución en la corrupción misma de la corte de Aranjuez. Un rey honrado, pero de una flaqueza y de una incapacidad reconocidas, como sólo se ven en la extinción de las razas; una reina impúdica; un favorito declarado, que deshonra á su soberano; un mal hijo, que se quería aprovechar de estos desórdenes para acelerar el momento de la sucesión, y una nación indignada, dispuesta á todo para libertarse de tan odioso espectáculo, ofrecían las mejores probabilidades á un vecino ambicioso y omnipotente. Era muy posible que la corte de España se hundiera en su propia corrupción y que pidiera un rey á Napoleón. Ya le habían pedido una reina para esposa de Fernando y se había accedido á suministrar este medio menos directo de reunir la España al gran imperio que se formaba entonces. Pero Napoleón no era amigo de dilaciones ni de cosas indirectas. Quería inmediatamente la corona de España, y, para conseguir su fin, imaginó una serie de recursos, que concluyeron por un levantamiento general.

Había invadido ya el Portugal con el pretexto de cerrarle á la Inglaterra, y la familia de Braganza había huído al Brasil. En esto vió él la ocasión favorable que buscaba. Acumulando tropas en el camino de Lisboa, con tendencia á marchar hacia Madrid, pensó asustar á los Borbones, ponerlos en fuga y después prenderlos en Cádiz. Gracias á este expediente, la corte de España estaba á punto de huir, y la trama iba á salir bien, cuando el pueblo español indignado corrió á Aranjuez, impidió la salida, estuvo á punto de arrastrar á Godoy y proclamó á Fernando VII, que aceptó la corona arrancada de las sienes de su padre. Napoleón, hallando en este acto desnaturalizado un nuevo pretexto en lugar de aquel que el pueblo de Aranjuez acababa de arrebatarse, llamó al padre y al hijo á Bayona, y allí, una vez en presencia los dos, el padre levantó el bastón para pegar á su hijo delante de Napoleón, quien, indignándose, supuso que le habían faltado al respeto; hizo abdicar al padre por incapacidad, y al hijo por sus malos procedimientos, y á la faz de la Europa, escandalizada con este espectáculo, y de la España, confundida y furiosa, se atrevió á poner la corona de Felipe V en la cabeza de su hermano José, y trasladó la de Nápoles á la cabeza débil y ambiciosa del pobre Murat. Entonces principió la fatal guerra de España, que consumió durante seis años los mejores ejércitos de la Francia y preparó á los ingleses un campo de batalla inexpugnable.

Cometida esta última falta, las consecuencias se precipitaron: Napoleón había creído que ochenta mil quintos, con algunos oficiales sacados de los depósitos, bastarían para dominar á los españoles; pero en su clima, y en presencia de una insurrección popular que no se podía vencer sino con masas hábilmente manejadas, y que no era posible someter sino á fuerza de combates obstinados y diarios, los reclutas no bastaban. Bailén fué el primer castigo de su grave error militar y de su culpable atentado político. Este primer acto de resistencia al gran imperio conmovió á la Europa y devolvió la esperanza á los corazones devorados por el odio. Napoleón, asustado con el movimiento que se había mani-

festado en los espíritus desde Sevilla hasta Koenigsberg, llamó á su aliado Alejandro á Erfurt para entenderse con él, y tuvo que salir entonces de la vaguedad en sus magníficas promesas. Con efecto, salió concediendo las provincias danubianas. La concesión era excesiva, pues ponía á los rusos á las puertas de Constantinopla; Alejandro, que soñaba con Constantinopla, fingió quedar satisfecho, porque quería acabar la conquista de Finlandia, y no le parecía mal tener al menos las márgenes del Danubio mientras esperaba otra cosa. Napoleón y él se despidieron con un abrazo y prometiéndose que serían cuñados, aunque en su interior algo desengañados de su mentirosa alianza. Tranquilizado con la entrevista de Erfurt, Napoleón llevó á España sus mejores ejércitos, aquellos que hicieron sucumbir al continente. Este momento esperaban el Austria y todos los resentimientos alemanes, y entonces tuvo lugar un nuevo levantamiento europeo, el de 1809. Napoleón, después de haber rechazado delante de sí, pero no dominado, á los españoles, que se le escapaban sin cesar, iba á destruir el ejército inglés de Moore, que carecía de aquella ligereza, cuando el Austria pasando el Inn le llamó al Norte. Esta noticia le hizo salir de Valladolid á escape, prometiendo que dentro de tres meses habría acabado con el Austria; voló como un relámpago á París, de París á Ratisbona, y con un tercio de soldados aguerridos, que se habían quedado en el Danubio, y dos tercios de quintos armados á toda prisa, operó prodigios en Ratisbona, entró triunfante en Viena, y contuvo todas las insurrecciones alemanas que estaban á punto de estallar.

Sin embargo, en lo reñida que fué la victoria de Essling y después la de Wagram, así como en el estremecimiento de la Alemania y de la Europa, Napoleón sintió que en su alma penetraban algunos indicios de la verdad. Comprendió que el mundo necesitaba reposo, y que si él no quería dársele, se exponería á un alzamiento general en todas las naciones. Por esto tomó ciertas resoluciones, que eran resultado de esa prudencia efímera. Proyectó retirar sus tropas de Alemania (al menos de los territorios que no le pertenecían), á fin de disminuir la exasperación universal; resolvió terminar los asuntos de España, que ofrecían á la Inglaterra un pretexto y un medio de perpetuar la guerra; trató de obligar á ceder á las potencias mediante la prohibición absoluta del comercio, y bajo este concepto sistematizó el bloqueo continental. Por último, pensó en casarse nuevamente, ¡como si asegurándose herederos asegurase la herencia, como si la felicidad imperial hubiera debido ser la felicidad de los pueblos!

No obstante, si estas resoluciones tomadas bajo una buena inspiración se hubiesen ejecutado lealmente, es posible que el exorbitante orden de cosas que pretendía establecer Napoleón hubiese adquirido consistencia y aun duración quizá, al menos en lo que no chocaba abiertamente con los sentimientos y los intereses de los pueblos. Si en realidad hubiese evacuado la Alemania, empleado en España medios proporcionados á la dificultad de la obra y perseverado sin violencia en el bloqueo continental, probablemente habría obtenido la paz marítima, la cual habría dado punto á los principales padecimientos de las poblaciones europeas, suprimiendo al mismo tiempo una causa gravísima de colisión con los Estados sometidos al bloqueo continental; y en

fin, si por conclusión hubiese contraído un enlace, que hubiese sido una verdadera alianza, es verosímil que habría consolidado un estado de cosas excesivo, y le habría perpetuado en todo aquello que no era absolutamente imposible.

Pero el carácter, así como las costumbres adquiridas, condujeron muy luego á Napoleón á resultado diametralmente opuesto á sus veleidades pacíficas. De este modo, al evacuar algunas partes de la Alemania, acumuló sus tropas de Brema á Hamburgo y de Hamburgo á Dantzig, bajo el pretexto del bloqueo continental. Pero aún hizo más: para colmo de sencillez reunió al imperio de Holanda, Brema, Hamburgo, Lubeck y el ducado de Oldenburgo, que pertenecía á la familia imperial rusa, y lo mismo hizo con la Toscana y Roma. Como el papa lo resistiera, le mandó prender, llevar á Savona y luego á Fontainebleau, donde le mantuvo en un respetuoso encierro.

Desde Sevilla á Dantzig ordenó que se ejecutaran embargos de mercancías que, sin aumentar mucho la eficacia del bloqueo continental, aumentaron cruelmente la irritación de los pueblos contra ese sistema. En tanto que se mostraba tan riguroso en la ejecución del bloqueo, sobre todo con respecto á los que no tenían en él ningún interés, cometía por su parte las más extrañas infracciones, permitiendo al comercio francés que traficara con la Inglaterra mediante licencias; lo que daba al sistema un aspecto intolerable, pues parecía que la Francia no quería sufrir los males de un régimen imaginado sólo para ella. En cuanto á la España, cuya guerra importaba tanto terminar, Napoleón, engañándose sobre las dificultades, cometió el error de no enviar fuerzas más considerables, ó de no ir en persona, pues al menos su presencia habría hecho que las fuerzas existentes contribuyeran á un resultado decisivo. La guerra de España se eternizó á costa del ejército francés que en ella perecía, y para mayor gloria de los ingleses, que parecían ser los únicos que se mostraban firmes contra el gran imperio. Por último, el casamiento de Napoleón, que habría podido ser como una señal de paz, como una esperanza de reposo para la Europa extenuada, en vez de procurar una alianza sólida, fué por el contrario una ocasión de que se rompiera la alianza rusa que, después de Tilsit, era la base de toda la política imperial. Napoleón debía casarse con una princesa rusa, según lo prometido en Erfurt; pero Alejandro, que al comprometerse en nuestra alianza se había comprometido solo, pues su corte y su nación, menos volubles y menos astutas que él, no veían que si era inconsecuente ganaba en ello la Finlandia y la Besarabia; Alejandro, para disponer de su hermana, necesitaba arreglarse con su madre, y de aquí resultaron algunas dilaciones. Napoleón, que no sufría le hiciesen esperar, abandonó de repente esta negociación apenas comenzada, y sin tomarse el trabajo de recoger la palabra que había dado, se casó con una princesa austriaca. El Austria se había apresurado á ofrecérsela, no tanto para formar lazos con la Francia, como para romper los que ésta tenía con la Rusia; y Napoleón la había aceptado, porque le habían hecho esperar á la otra, porque la princesa austriaca era de más noble estirpe, y porque ella le procuraba un enlace como los que contraían los Borbones en otras épocas. Desde aquel día la alianza con la Rusia, alianza falsa á